



ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



© 2013, LILIANA CINETTO

© De esta edición

2013, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-3076-6

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: septiembre de 2013

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Diseño de la colección:

MANUEL ESTRADA

Cinetto, Liliana

Diminuto y el gol de oro / Liliana Cinetto ; ilustrado por O'Kif-MG
- 1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2013.
112 p. : il. ; 12x20 cm.

ISBN 978-987-04-3076-6

1. Literatura Infantil Argentina. I. O'Kif, ilus.
CDD A863.928 2

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

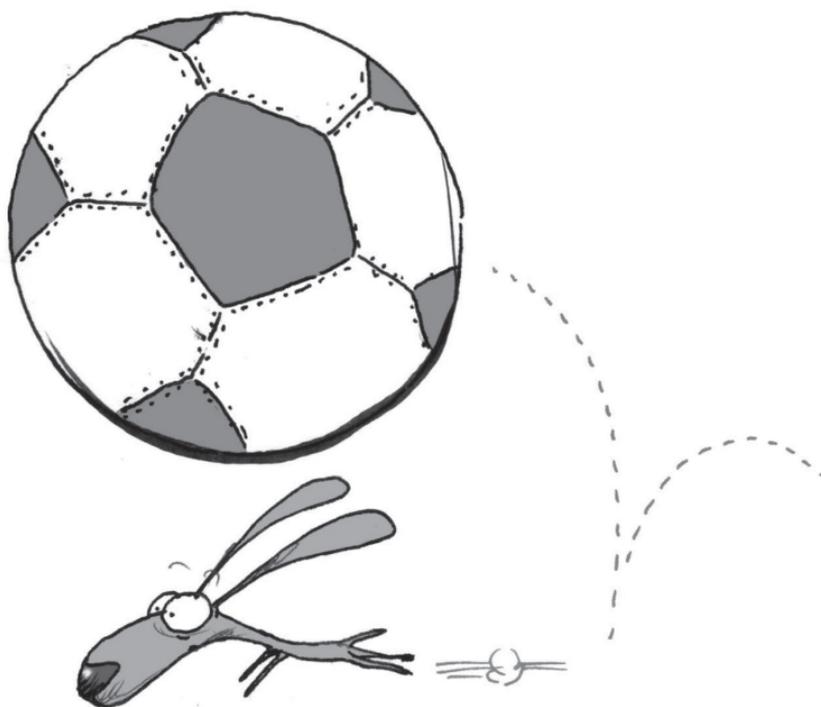


PRISA EDICIONES

Diminuto y el gol de oro

Liliana Cinetto

Ilustraciones de O'Kif-MG



ALFAGUARA

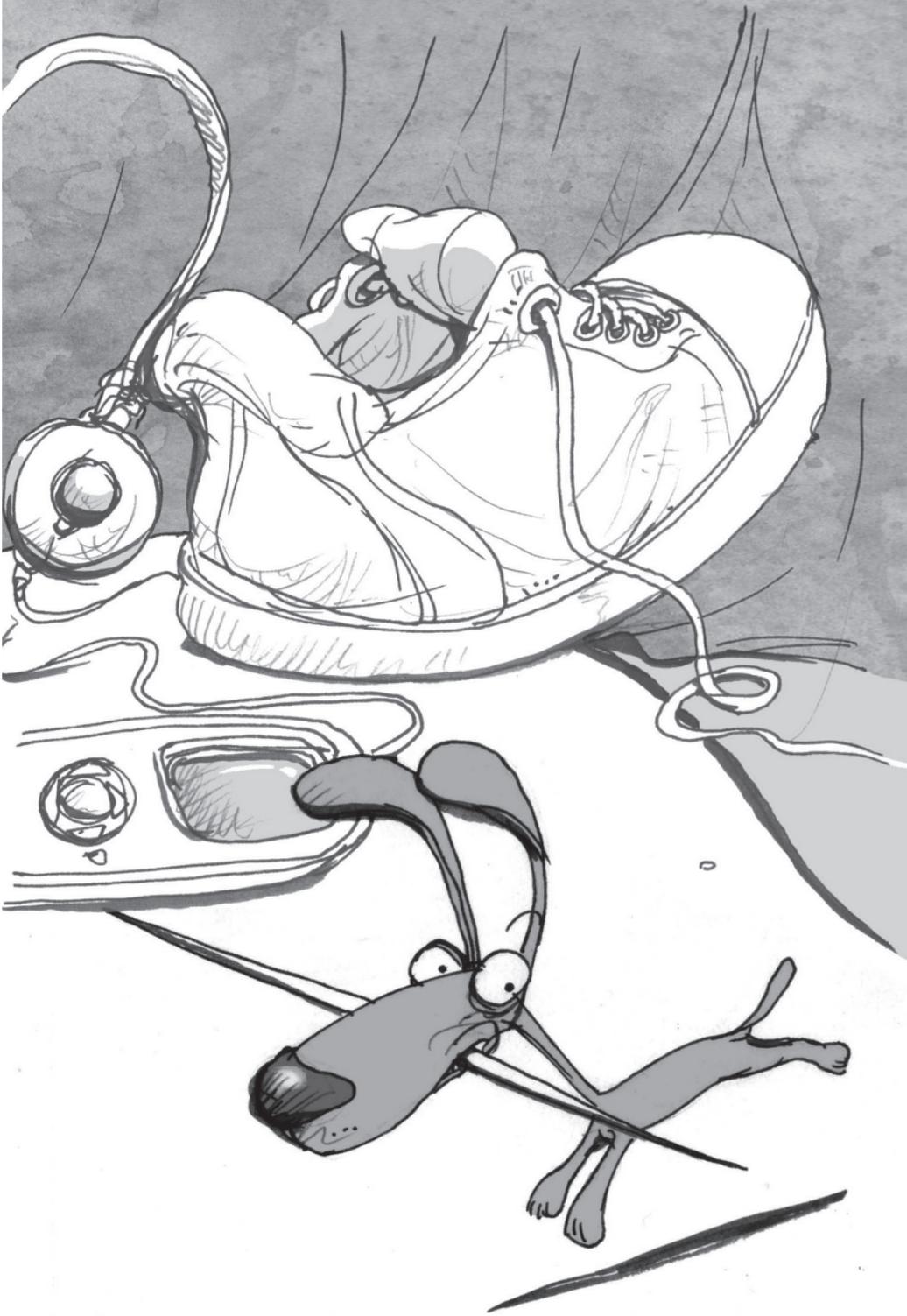

CAPÍTULO 1

EN EL QUE EXPLICO POR QUÉ NO PENSÉ QUE DIMINUTO Y YO PODÍAMOS METERNOS EN ESE LÍO DEL GOL DE ORO

Que Diminuto y yo terminemos siempre metidos en un lío tremendo es algo que no le extraña a nadie. Porque siempre nos metemos en líos tremendos. Desde que lo encontré en la calle y me lo llevé a casa escondido en el bolsillo no paramos de meternos en líos. Empezando por el que se armó cuando mi familia (que no me dejaba tener perro) lo descubrió. O el que se armó cuando Diminuto le hizo pis en la blusa nueva a la cascarrabias insoportable de Carolina, mi hermana, que no quería perro porque decía que le daban alergia y la hacían estornudar (aunque a ella todo le da alergia y la hace estornudar). O el lío con mi maestra, a la que Diminuto le mordió el dedo cuando todavía no había aprendido que los perros no van a la escuela ni tienen que morder a las maestras de cuarto grado

porque pueden envenenarse. Y mejor ni hablo de los otros líos, como el del canal de televisión, cuando lo llevé al *casting* de mascotas. O el de las vacaciones en Polvaredas, en la casa de mi tía Dolores, cuando nos enfrentamos con los fantasmas. O el que se armó en el barrio, cuando apareció el monstruo subterráneo...

Sí, Diminuto y yo siempre terminamos metidos en líos tremendos. Es cierto. Pero, si me hubieran dicho que Diminuto y yo íbamos a meternos en problemas por el asunto del fútbol, ahí habría dudado. Es que la verdad, la verdad, nosotros dos no nacimos para el fútbol. A Diminuto mucho no le interesa. Creo que es porque la pelota es demasiado grande para él. En realidad, todo es demasiado grande para mi perro, que mide tres centímetros de largo por dos de ancho, duerme en una cucha de caja de fósforos y usa una correa de piolín. Por eso prefiere jugar con el escarbadientes que yo le tiro lejos y que él va a buscar (es que los palos también son demasiado grandes para él).



Y aunque la pelota no es demasiado grande para mí, mi carrera como futbolista hasta ese momento había sido más bien breve. Empezó cuando pateé la pelota que me había regalado mi madrina y terminó dos minutos más tarde, cuando rompí en mil pedazos el vidrio de la ventana de casa y mi papá casi me mata. Después de ese primer episodio desafortunado, seguí insistiendo con el asunto del fútbol (porque soy especialista en insistir) y retomé mi carrera al poco tiempo. Pero decidí abandonarla debido a algunos incidentes menores, insignificantes casi, como pegarle en plena cara a Carolina o volcarle a mi papá el balde con agua sucia sobre el auto que justamente terminaba de lavar o estampar la pelota contra la torta de chocolate que estaba decorando mi mamá con crema y dulce de leche y... En fin. Como dije, Diminuto y yo no nacimos para el fútbol. En mi caso es, según mi papá, porque en mi familia somos todos patadura, y él desde chico fue patadura y sigue siendo todavía un patadura y yo soy igual que él, un patadura. Según

mi mamá (que es mucho más creativa que mi papá para dar explicaciones), es porque tengo otras virtudes y otras habilidades que no son las deportivas, y no todos podemos tener talento para las mismas cosas en la vida, y el mundo sería aburrido si no fuéramos todos distintos y... qué sé yo cuántas cosas más. Y según mi hermana Carolina, porque soy un inútil descerebrado, *¡atchís!*, que no sirvo para nada, *¡atchís!*, excepto para molestarla a ella a cada rato, *¡atchís!*, y para fastidiar sin parar, *¡atchís!*

Lo cierto es que mucho no me importó abandonar mi incipiente carrera de futbolista. Porque, en realidad, mi sueño nunca había sido ser campeón de fútbol, jugar en la Selección o hacer goles espectaculares. No, mi único sueño siempre había sido tener perro. Desde que era chico. O más chico. Bueno, desde que aprendí a hablar (porque antes no sabía pedir perro). Toda mi vida había insistido e insistido pidiendo perro (porque, como ya les dije, soy especialista en insistir).

—¿Qué quieres de regalo para tu cumple? —me preguntaban cada año.

Y yo contestaba:

—Un perro.

—¿Qué quieres para el Día del Niño?

—Un perro.

—¿Qué le pediste a Papá Noel en la cartita?

—Un perro.

—¿Qué quieres que los Reyes Magos te dejen en los zapatos?

—Un perro.

Y cuando traía el boletín lleno de “Excelente”, “Te felicito”, “Muy bien 10”, “Sigue así”, “Adelante” y me decían: “¿Qué quieres de premio?”, también contestaba:

—Un perro.

Sí, mi único sueño siempre había sido tener perro y, aunque me costó convencer a mi familia, finalmente conocí a Diminuto, que es el mejor perro del mundo y que, además, es mi amigo. Jamás nos había hecho falta el fútbol para pasarla bien y divertirnos. Es más: hacía no sé cuánto tiempo que

no iba al club de mi barrio, al que, a pesar de su nombre, Club Social y Deportivo Atlético de Multitudes, no le quedaban más que diez socios, todos de ciento ocho años y medio, que solo iban a la tarde a jugar a las bochas o a las cartas.

—¡Qué lástima que esté tan venido abajo! —se lamentaba mi tía Dolores, que es socia vitalicia y que también tiene ciento ocho años y medio (o más)—. Y pensar que, cuando era chica, me pasaba los veranos en la pileta olímpica o alentando en el estadio al equipo de fútbol, que siempre salía campeón interbarrial. Y los bailes que se hacían para los Carnavales eran tan lindos...

En realidad, más que venido abajo, el club era una ruina. La pileta estaba tan descascarada como mi tía Dolores y el agua que le había quedado en el fondo quién sabe desde cuándo se había convertido en un pantano maloliente y putrefacto en el que no se atreverían a nadar ni un sapo corto de vista ni un cocodrilo desesperado. La canchita, a la que la exagerada de mi tía Dolores

llamaba estadio, era apenas un potrero polvoriento, en el que no crecía ni un miserable yuyito. Los arcos estaban chuecos y sin red y las tribunas tenían los tablones tan apolillados que era mejor no sentarse a menos que uno quisiera terminar de cabeza en el suelo. Nada funcionaba bien en el antiguo vestuario, ni siquiera el inodoro, y de las duchas salía un hilito de agua llena de óxido con el que uno se congelaba en invierno y se quemaba vivo en verano. En la confitería no quedaban más que siete sillas, una con las patas rotas, y un televisor viejísimo, en el que solo podían verse tres canales y en blanco y negro.

—Y pensar que conocimos épocas de gloria... —se lamentaba don Salustiano, presidente del club, que a falta de recursos y de empleados también servía el café y le pasaba el plumero a la vitrina donde se exhibían las copas y los trofeos que habían ganado en distintos torneos—. Miren si no...

Y enderezaba los cuadros torcidos que colgaban de la pared, uno grande con la horrible y colorinche camiseta del club

enmarcada y otros con fotos viejísimas en las que él mismo posaba junto a sus compañeros de equipo.

—Esta es cuando salimos campeones en el '37. Y esta cuando ganamos en el '46. Y esta, después de un gol de oro...

A mí me daba un poco de pena don Salustiano, que siempre le hacía mimos a Diminuto cada vez que nos lo cruzábamos en la calle.

—Cuando quieras, vení a pelotear un rato con tus amigos —me invitaba.

Pero nadie iba. Los chicos que jugaban bien, como Nico, el de 4^{to} B, que era medio nariz para arriba, preferían la escuelita Semillero de Campeones que estaba al lado de las vías y que tenía una cancha de césped sintético. Pero al Club Social y Deportivo Atlético de Multitudes no iba ni el loro. Menos que menos, mi perro y yo, que éramos malísimos para el fútbol. Por eso, justamente, jamás imaginé que Diminuto y yo podíamos meternos en un lío tremendo por el asunto del fútbol. El lío del gol de oro.